

á echar á los pies del Rey , y no abandonaria cobardemente el terreno , antes bien me quejaria altamente á S. M. del poco caso que el Ministro habia hecho de su Real recomendacion. ¡Malísimo consejo! exclamé yo ; si diera un paso tan imprudente , presto me arrepentiria de él. Lejos de eso aun sin haberle dado ni pensar en darle jamas , no sé si estamos seguros en esta villa.

Quando mi secretario me oyó hablar de esta manera entró dentro de sí mismo , y considerando que las habiamos con quien de un instante á otro podia volvernó á encerrar en el Alcazar de Segovia , conoció al fin que yo tenia razon , y no oponiéndose ya á mi pensamiento de dexar quanto antes á Madrid , quedamos en emprender nuestro viage al amanecer del dia siguiente.

CAPITULO III.

Del motivo que tuvo Gil Blas para no poner en execucion el pensamiento de abandonar la Corte , y del importante servicio que le hizo su amigo Joseph Navarro.

Al restituirnos al meson encontré en la calle á Joseph Navarro , aquel primer oficial en la oficina de Don Baltasar de Zúñiga. Lleguéme á hablarle , aunque acordándome de quan mal me ha-

bia

bia portado con él ; saludéle cortesmente , y le pregunté si me conocia , y si la bondad de su corazon llegaria á tanto que se dignase reconocer á un antiguo servidor y favorecido suyo , que verdaderamente habia correspondido mal á su amistad , y á sus finezas. ¿ Luego Vmd. mismo confiesa (me respondió) que no se portó bien conmigo ? Sí señor (le dixé yo) confiésolo francamente , y añado que tendrá Vmd. mil razones para decirme quanto quisiere , llenándome de improperios ; todo lo tengo bien merecido , si ya no fueron bastante satisfaccion de mi ingratitud los crueles remordimientos que la siguieron. Ya que Vmd. está tan arrepentido de su culpa (me respondió Navarro) no debo yo acordarme de ella , y diciendo esto me echó los brazos al cuello. Yo tambien le estreché quanto pude entre los mios , y uno y otro volvimos desde aquel instante á la misma amistad y confianza que antes. Habia sabido mi prision , y el desórden en que se hallaban mis negocios , pero ignoraba lo demas. Informéle menudamente de todo , hasta de la conversacion que habia tenido con el Rey ; contéle lo mal que siempre me habia recibido el Ministro , y no le callé la resolucion en que estaba de retirarme á mi soledad. No hagais tal disparate , me dixo interrumpiéndome , puesto que el mismo Rey os hizo tan graciosa acogida , es indispensable que os sirva de algo su poderoso favor. Aquí para entre los dos : el Conde Valdeories tiene sus extravagancias ; es capricho-

so, y á veces, como en la presente ocasion, procede de un modo que no se llega á comprehender; pues él solo tiene la llave de sus acciones verdaderamente heteróclitas. Y así, amigo, sea qual fuere la causa de haberte recibido tan mal, mantente firme, y no desampares el puesto. Nunca podrá él impedir que te aproveches de la benignidad con que te mira el Monarca; esto te lo aseguro sobre mi palabra, y fiate de mí, que conozco algo la Corte; ademas que esta noche diré sobre el asunto dos palabritas á mi amo Don Baltasar de Zúñiga, tio del Conde, y el atlante que le ayuda á sostener el peso del gobierno. Preguntóme despues Navarro donde era mi posada, y sin decirme mas nos separamos.

Tardé poco en volverle á ver. El dia siguiente vino á mi posada, y sin mas preludeos me dixo luego que entró; señor Santillana, os hago saber como teneis en mi amo un buen protector. A noche le hablé, y desde luego tomó de su cuenta vuestros intereses, ofreciéndome que hablaria en vuestro favor á su sobrino el Conde Valdeorries. No se contentó con esto aquel generoso amigo mio, pues al cabo de dos dias él mismo me presentó á su amo D. Baltasar, quien me recibió con el mayor agrado, diciéndome: señor Santillana, mi secretario Navarro, vuestro amigo, me habló de vuestra persona en tales términos, que no pude menos de tomar de mi cuenta sus intereses. Hice una profunda reverencia al señor D. Baltasar, diciéndole que toda mi vida me

con-

confesaria sumamente reconocido al señor Navarro por haberme proporcionado el honor, no solo de rendir mis respetos, sino de lograr la proteccion de un Ministro, y de un señor á quien todo el mundo llamaba, y con razon, el lucero del Consejo. Al oír Don Baltasar tan li-sonjero cumplimiento, se le asomó un poco la risa, y dándome dos palmaditas en el hombro, me dixo: presentaos mañana al Conde Valdeorries, y no dudeis que saldreis de la visita mas contento que otras veces.

Con efecto, al dia siguiente me presenté en su antesala por la tercera vez; reconocíome entre la multitud de pretendientes, miróme y sonrióse, lo que desde luego me pareció un pronóstico feliz. Esto va bien, dixé á mi coleso. El tio sin duda hizo entrar en razon al sobrino. Así, pues, desde entonces me prometí una audiencia favorable, y en verdad que no me engañé. Despues que el Conde dió despacho á los demas, me hizo entrar en su gabinete, y me dixo, en tono muy familiar: perdona, amigo Santillana, los malos ratos que te he dado, y el cuidado en que te he puesto, ya por divertirme un poco á cuenta tuya, y ya tambien para probar hasta donde llegaba tu paciencia en tolerar mi mal humor. Sin duda te persuadiste á que no me agradaba tu persona; pero, hijo, te engañas de medio á medio; sábete que por el contrario, me gustaste desde que te ví, y que muchas veces te venias á mi memoria, no sin sensible compla-

placencia mia. Aunque el Rey mi amo no me hubiera mandado tan expresamente que hiciese tu fortuna, ten por cierto que yo procuraria hacerte la por justicia y por inclinacion. Ademas de esto mi tio D. Balstasar de Zúñiga, á quien nada puede negar mi amor y mi gratitud, me encargó mucho que te mirase como un hombre por quien se interesa. Bastaba solo esto para determinarme á hacer por tí hasta donde alcance mi poder.

Este principio de fortuna hizo tanta impresion en mis potencias y sentidos que todas se alborotaron. Arrogéme ciegamente á los pies del Ministro, que inmediatamente me levantó, y prosiguió diciéndome: despues de comer vuelve acá, déxate ver de mi mayordomo, él te dará las órdenes que yo le encargáre. Dicho esto salió S. E. de su quarto, y fuese á oír Misa en su Oratorio, como lo acostumbraba todos los dias despues de haber dado audiencia; y oida partió á Palacio para hallarse en el quarto del Rey quando S. M. se levantaba de la cama.

CAPITULO IV.

Logra Gil Blas amor y confianza del Conde Valdeories.

No me descuidé en volver á casa del primer Ministro despues de haber comido. Pregunté por el quarto de su mayordomo, que se llamaba
Don

Don Ramon Caporis. Luego que oyó mi nombre me saludó con particular respeto. Señor, me dixo, sírvase V. S. venir conmigo; quiero guiarle al quarto que el Señor Conde mi señor le tiene señalado. Dicho esto me llevó por una escalerilla secreta, la qual conducia á una fila de cinco ó seis salas á un mismo piso, que formaban una ala de la casa, alhajadas todas con muebles bastante modestos. Esta es, señor, me dixo, la habitacion que su Excelencia ha destinado para V. S. Aquí tendrá V. S. una mesa de seis platos á cuenta de su Excelencia, será servido por los criados del mismo Señor, y tendrá á su disposicion un coche de la casa. Aun no lo he dicho todo: el Conde mi señor me recomendó fuertemente que fuese tratado V. S. con las mismas atenciones, y ni mas ni menos como si fuera uno de su sangre.

¿Qué diablos significa todo esto? me decia yo á mí mismo. ¿Cómo he de entender yo tan señaladas distinciones? ¿Quién sabe si en ellas se oculta alguna malicia, y si las ha mandado el Ministro solo por divertirse un poco á costa mia? Hallábame perplexo entre estas dudas, fluctuando entre el temor y la esperanza, quando vino un page á decirme que el Conde me llamaba. Partí volando á donde estaba su Excelencia solo, quien apenas me vió, me dixo; ¿y bien Santillana, estás contento con tu quartito y con las órdenes que he dado al Mayordomo? Señor, le respondí, las excesivas honras de V. E. verdaderamente me
tie-

tienen lleno de confusion. ¿Y eso por qué? me replicó con prontitud. Dime: ¿podré yo nunca honrar bastante á un hombre que el Rey me recomendó con tan vivas expresiones? Ciertamente no. No hago otra cosa que cumplir con lo que debo tratándote con estimacion. Así que no hay para que te admires de lo que executo contigo, y desde luego debes creer que no te se puede escapar de las manos una fortuna tan brillante como sólida, solo con que me tengas á mí tanta ley como tuviste al Duque de Melar.

Pero ya que hemos nombrado á este señor, dime, he oído decir que viviais los dos con toda familiaridad. Quisiera saber cómo os conocisteis, y en qué cosas te empleaba aquel Ministro. Dímelo todo con franqueza, y no me ocultes cosa alguna, porque soy acreedor á una relacion exâcta y fiel. Acordéme entonces del embarazo en que me hallé con el Duque de Melar quando me ví en el mismo caso, y del efugio con que salí de aquel barranco: púselo nuevamente en práctica en esta ocasion, y aun con mayor felicidad; quiero decir, que en mi informe dí el mejor color que pude á los lances mas escabrosos, y que me hacian poco honor. Procuré tambien excusar todo lo posible al Duque de Melar, aunque conocí que al Conde le daria mayor gusto si en nada le hubiera perdonado. Por lo que tocaba al Baron de Roncal no quise hacerle gracia; pinté con la mayor viveza todo lo que sabia de él en punto al tráfico que ha-

cia

cia de Encomiendas, Beneficios y Gobiernos. En quanto al Baron de Roncal (me interrumpió el Ministro) todo lo que me dices es muy conforme á varios memoriales que me han presentado contra él, donde se contienen delaciones y cargos que todavía son de mayor importancia. Pronto se le hará su causa; y si deseas que pague quanto mal hizo, creo quedarás satisfecho. Señor, repuse yo, sabe Dios que no deseo su muerte, aunque no quedó por él que yo no hubiese encontrado la mia en el Alcazar de Segovia, donde fue causa de que estuviese alojado mucho tiempo. ¿Cómo así? replicó el Conde. ¿Pues qué el Baron de Roncal fue quien te puso preso? Eso lo ignoraba. Mi tio Don Baltasar, á quien Navarro contó la historia de tu vida, solo me dixo que el Rey te habia mandado arrestar porque cierta noche habias introducido al Príncipe en no sé que casa sospechosa. Esto es todo lo que yo sabia; mas no puedo adivinar qué papel podia hacer el de Roncal en esta Comedia. El mismo, respondí yo, que hace un enamorado que se imagina ofendido. Con esta ocasion le espeté una relacion muy individual de aquella aventura, la que en medio de su severidad no pudo oír sin casi llorar de risa. Sobre todo le divirtió mucho aquel pasage del lance de Catalina, en que unas veces hacia de nieta y otras de sobrina; ni celebró menos la parte que habia tocado en esta representacion al Duque de Melar.

Luego que acabé mi relacion me despidió

TOMO IV.

AA

ta-

el Conde diciéndome que no dexaría de emplearme el día siguiente. Fuíme derecho á casa de Don Baltasar de Zúñiga para darle las gracias de los buenos oficios que habia hecho por mí, y al mismo tiempo participar á mi amigo Navarro la favorable situacion en que me hallaba con el primer Ministro.

CAPITULO V.

Conversacion secreta que tuvo Gil Blas con Navarro, y primer empleo en que le puso el Conde Valdeories.

No bien ví á Joseph Navarro quando le dixé que tenia mil cosas que confiarle. Llevóme á un lugar retirado donde en breves palabras le puse al cabo de todo el hecho, y le pregunté: qué le parecia de ello? Paréceme, respondió, que estais en vísperas de una gran fortuna, todo conspira á creerlo así. Estais en el mayor auge de gracia con el primer Ministro, y (lo que no dexará de servir de algo) yo me hallo bastante instruído para poder hacer os el mismo servicio que os hizo mi tío Melchor de la Ronda quando entrasteis en el Palacio del Arzobispo de Granada. Aquel os ahorró el trabajo de estudiar el genio del Prelado y de sus prin-

cipales familiares, imponiéndoo en el carácter de cada uno; yo quiero preveniros qual es el del Conde, qual el de la Condesa su muger, y qual el de Doña Maria su única hija.

El Conde es un señor de espíritu grande, penetrante, pronto y capaz de los mayores proyectos; tiénese por hombre universal, en virtud de una ligera y superficial tintura de las ciencias, y se cree capaz de resolver decisivamente en qualquiera materia facultativa. Imagínase un profundo Letrado, un gran Capitan y un refinadísimo político. Sobre todo está tan casado con sus dictámenes que siempre los sigue prefiriéndolos á todos los demas, y esto solo porque no se juzgue que se gobierna por luces ajenas, defecto que hablando entre los dos puede producir funestas consequencias en gravísimo perjuicio de la Monarquía. Brilla en el Consejo por cierta eloquencia natural, y escribiría tan elegantemente como habla sinó afectára, para añadir decoro y magestad á su estilo, hacerle obscuro, formándole de voces exóticas, altisonantes, poco usadas, de significado incierto; y por consiguiente sujetas á una construccion ambigua, y á una inteligencia enrevesada.

Esta es la pintura de su talento. La de su corazon es la siguiente. Es generoso y amigo de sus amigos. Quieren decir que es vengativo; pero qué pocos dexan de serlo quando se ven con tanto poder y en tanta elevacion! Tambien se le acusa de ingrato, porque hizo dester-

rar á un Duque y á cierto Religioso, aquel valido del Rey; y este su Confesor, y á quienes dicen debia muchos favores: pero el que aspira á ser primer Ministro; cuándo perdonó á los que imaginaba con voluntad y con fuerzas para atravesar su pretension? La ambicion en las Cortes parece que dispensa de todas las obligaciones del agradecimiento.

La Condesa su muger es una señora sin mas tacha (á lo que yo he podido conocer) que la de vender á peso de oro las gracias que por su intercesion dispensa su marido. La hija (hoy día el partido mejor y mas ventajoso de toda España) es una señorita cabal, y el ídolo de su padre. Con atencion á estas luces podreis arreglar vuestra conducta. Haced la corte á estas dos dâmas; mostraos aun mas adicto al servicio del Conde Valdeories que lo fuisteis al del Duque de Melar, y sin otra diligencia dentro de poco llegareis á ser, si no me engaño, un grande y poderoso señor.

Tambien os aconsejo que no dexeis de visitar de cuándo en cuándo á mi amo Don Baltasar; es verdad que no tendreis necesidad de él para vuestros ascensos, mas con todo eso siempre convendrá tenerle propicio. Al presente estais bien puesto en su estimacion y concepto, procurad conservaros en el mismo predicamento porque en la ocasion os podrá servir. Pero como tío y sobrino (repliqué yo á Navarro) gobiernan el Estado, quién sabe si con el

tiem-

tiempo no se suscitarán entre los dos algunos zelillos? No hay que temer eso, me respondió; reyna entre ambos una perfectísima union. Sin Don Baltasar nunca hubiera sido primer Ministro Valdeories; porque muerto el Rey toda la casa de Donvaldos se dividió, unos á favor del Cardenal, y otros por su hijo; pero Don Baltasar mi amo, el mas habil de todos los Cortesanos, y el Conde Valdeories no menos sagaz ni menos fino que él, trastornaron todas sus medidas, y tomaron las suyas tan ajustadas que al fin dexaron burlados á todos los concurrentes. Nombrado primer Ministro el Conde Valdeories repartió la administracion con su tío Don Baltasar, quedando á éste la de los negocios estrangeros, y tomando de su cuenta la de los interiores del Reyno, de suerte que estrechando por este medio los vínculos de la sangre que los unia, y manteniéndose estos dos señores en una perfecta independenciam uno de otro en el manejo de los negocios que pertenecen á sus respectivos departamentos, se conservan en una concorde inteligencia al parecer inalterable.

A esto se reduxo la conversacion (á la verdad útil para mí) que tuve con el amigo Navarro, á quien prometí que procuraria aprovecharme de sus consejos. Despues pasé á dar las gracias al señor Don Baltasar de lo mucho que se habia interesado por mí. Respondiome con el mayor agrado que abrazaria gustoso todas las

las ocasiones que se ofreciesen de servirme, y que celebraba infinito verme igualmente contento y satisfecho de su sobrino, á quien me aseguró volveria á hablar en favor mio, aunque no sea mas, añadió, que para que conozcais lo presente que están en mi corazon todos vuestros intereses, y al mismo tiempo entendais que en lugar de un protector habeis adquirido dos. Tan á pechos habia tomado mi proteccion el señor Don Baltasar, en atencion á los buenos officios de Navarro.

Desde aquella misma noche abandoné mi posada, y fui á tomar posesion del quarto que el primer Ministro habia mandado se me dispusiese en su casa. Sentámonos á cenar Scipion y yo, sirviéndonos los criados de la misma casa, los quales quizá allá dentro de sí mismos se estarían riendo del orden que se les habia dado de tratarnos con el mayor respeto, mientras nosotros procurábamos mostrar que le merecíamos, afectando una postizo y ridicula seriedad y compostura.

Apenas se retiraron levantados los manteles, mi secretario, que ya no podia contenerse, prorumpió en una gran risa, en mil locuras y en mil graciosidades que le dictaba su humor alegre y sus mas alegres esperanzas. Por lo que tocaba á mí, aunque realmente estaba como embelesado viéndome en el estado en que me veía, todavía ninguna disposicion reconocia en mi interior para dexarme deslumbrar; y así lue-

luego que me metí en la cama me quedé tranquilamente dormido desechando toda idea de grandezas, mientras Scipion por el contrario pasó mas de la mitad de la noche en atesorar riquezas imaginarias para casar á su hija Serafina.

Aun no bien me habia acabado de vestir el dia siguiente, quando me vinieron á llamar de parte del Conde. Partí inmediatamente al despacho de S. E., el qual apenas me vió, me dijo: ahora bien, Santillana, quiero probar tu talento. Dixísteme que el Duque de Melar te solia emplear en disponer varios escritos, y yo tengo ya ideado uno, que para mí será tu primer ensayo. La materia es esta. Quiero publicar una obra ó especie de manifiesto para disponer al público á favor de mi ministerio. Ya he hecho correr secretamente la voz de que encontré las cosas en grande confusion y en muy mal estado, y ahora es menester hacer ver, así á la Corte como á toda la Nacion, el triste atraso en que estaba la pobre Monarquía quando tomé las riendas del Gobierno. Aquí se hace indispensable una pintura muy viva de la tal lastimosa situacion, de manera que dé golpe al pueblo, y le haga no hechar menos el ministerio pasado. Despues ponderarás con gran énfasis las acertadas medidas que ha tomado el ministerio presente para hacer glorioso el actual reynado, floreciente el Estado, y los vasallos felices.

Dicho esto me puso en las manos un papel que

que contenia los justos motivos de los pueblos para estar descontentos del Gobierno anterior. Constaba de diez artículos, el menor de los quales era muy bastante para sobresaltar á todo buen Español. Hízome despues pasar á un gabinetillo contiguo á su despacho, y allí me dexó solo para que me pusiese á trabajar. Comencé á disponer mi manifiesto lo mejor que me fue posible. Entré haciendo una patética, pero muy ponderada descripcion del lamentable estado en que se hallaba la Monarquía; el Erario exhausto, las rentas de la Corona disminuidas y empeñadas en manos de asentistas, y la Marina enteramente arruinada. Puse presentes las faltas que se habian cometido en el último reynado, y las funestas consequencias que podian traer consigo. En fin pinté la Monarquía en el último peligro por la negligencia ó por la poca prevision de los Ministros anteriores, ó de su Xefe el Duque de Melar. A la verdad ya no conservaba yo resentimiento alguno contra aquel Señor, y sin embargo no me pesaba de que se hubiese ofrecido la ocasion de hacerle aquel mal oficio. Tal es el corazon del hombre.

Finalmente despues de haber hecho la mas espantosa pintura de los males que amenazaban á España, procuré alentar los ánimos haciendo concebir las mas fundadas esperanzas de precaverlos, y de alejarlos con usuras en el actual Ministerio, y se concluía la obra hablando del Conde Valdeories como del redentor de la

la

la Nacion, prometiéndola torres y montones. En una palabra, entré tan felizmente en el espíritu y en el intento del nuevo Ministro, que quedé sorprendido luego que leyó mi trabajo. Santillana, me dixo, has hecho mas de lo que esperaba de tí; pues tu obra es verdaderamente digna de un Secretario de Estado. Ya no me admiro de que el Duque de Melar se aprovechase de tu pluma. Tu estilo es conciso y elegante, pero me parece un si es no es demasadamente natural. Al mismo tiempo me señaló las expresiones que no eran tan de su gusto y tenia ya notadas; tomó la pluma y corrigiólas, haciéndome ver por sus mismas correcciones que se pagaba mucho de voces pomposas y preñadas, y le caía muy en gracia un poco de obscuridad, como ya me lo habia dicho Navarro. Con todo eso, aunque le agradaba tanto la nobleza, ó por mejor decir lo afectado ó culto de las expresiones, dexó intactos los dos tercios de mi escrito sin mudar ni una sola sílaba; y para darme la mejor prueba de su plena satisfaccion, aquel mismo dia, estando comiendo, me envió por mano de su mayordomo trescientos doblones para postre de la comida.